

UN⊕



***Ruinas del repositorio secreto Vizjerei,
las Tierras Fronterizas, 1272***

En sus increíbles y oscuras profundidades, hubo muy poco tiempo para reflexionar sobre el momento en el que la quebradiza línea entre este mundo y el siguiente empezó a descontrolarse. La explosión de la montaña fue como la imagen de dos guerreros que corren hacia su fatal destino; empuñando sus espadas destellantes parecen emerger ilesos hasta que tropiezan y sus bocas, abiertas por el dolor, empiezan a sangrar y, heridos de muerte, se postran sobre sus rodillas.

Pero tal vez ese momento ocurrió aquí, junto a lo interminable, junto al calor asfixiante de las Tierras Fronterizas, con las ruinas cerniéndose fuera de la vista. Cuando los dos viajeros se acercaron a la cima de la última duna, oyeron lo que podría haber sido un ruido metálico, como una pieza de hierro golpeada con un martillo y vibrando en un tono apenas audible, que les hizo rechinar los dientes.

Ambos pararon para beber agua. La luz solar brillaba sobre la arena interminable, calentándola. El más joven, un orgulloso caballero de Westmarch que llevaba una armadura dorada y blandía un escudo rojo, escupió un gargajo amarillo y se secó su reluciente cara con un trapo, luego bebió profundamente de la cantimplora y se la pasó a su compañero.

El mayor, que llevaba una túnica gris con capucha ceñida alrededor de su cintura y una bolsa a su espalda, se cambió el bastón con el que se ayudaba de una mano a otra para aceptarla y beber su parte. Su cinturón estaba grabado con extraños diseños del color de la sangre seca. Era lo suficientemente delgado como para salir

volando por el viento. Su pelo, blanco y salvaje, y su larga barba lo hacían parecer un poco loco, pero había una fortaleza en él que parecía crecer día tras día de marcha juntos. Caminaba lenta, pero constantemente; no importaba que fuera de día o de noche, y el joven había incluso llegado a correr para poder seguir su paso.

El anciano señaló a su derecha, donde la arena formaba una ligera depresión que discurría en una línea durante unos seis metros antes de volver a desaparecer.

—Eso marca el lugar donde una trilladora sale a la superficie para alimentarse —dijo.

—Se vuelven más agresivas cuando cae la tarde. Tenemos que andar con ojo.

El final de la ligera depresión estaba manchado con motas de color rojo oscuro. *Sangre*. El joven había oído hablar de las trilladoras, bestias terribles como dragones con dientes y garras monstruosos que podían acabar con un hombre sin más. Podría luchar con su espada contra cualquier cosa viva, pero las criaturas que no eran de esta realidad le suponían una mayor amenaza, pensó, aunque nunca había visto una en persona. Pero, mirando al anciano y conociendo las heridas que tenía, el joven pensó que su compañero sería capaz de hacer frente a aquello sin problemas.

Después de un momento de pausa, continuaron su camino y sobre la cima de la siguiente elevación encontraron lo que venían buscando.



Dos columnas gemelas se alzaban en la distancia desde la arena como dientes afilados; sus partes más elevadas terminaban abruptamente como si las hubiera roto algo inhumano. Podría ser así, pensó Deckard Caín, si ésta era la entrada a las antiguas ruinas, al repositorio Vizjerei. Sólo podía imaginar la clase de monstruosidades que habían visitado ese lugar en el pasado, al acecho de magos.

Habían estado viajando durante días y habían dejado sus mulas en la última ciudad para continuar la parte final de su viaje a pie. Las mulas eran de poca utilidad en aquellos suelos de arenas movedizas. La ubicación que Caín y su compañero buscaban estaba muy lejos. No tenía ninguna duda de que aquellas ruinas seguirían bien escondidas de no ser por los oscuros textos que este joven guerrero le había traído y que ahora estaban a salvo en su bolsa. Los antiguos repositorios de los Vizjerei en Caldeum eran de sobras conocidos entre los magos, pero éste, de haber llegado a existir alguna vez, era todavía más importante.

Había sido un viaje muy largo. Después de la justísima victoria sobre Baal en el Monte Arreat y la destrucción de la Piedra del Mundo, Deckard Caín había sido incapaz de convencer a su partida de viaje de que el peligro más inminente contra Santuario no había sido completamente eliminado. De hecho, si todo lo que había entendido en los pergaminos Horádricos era cierto, aún estaban lejos de no correr peligro. El mismo arcángel Tyrael lo había advertido antes de desaparecer. Caín sintió un sutil cambio en el mundo que reflejaban las profecías, una alteración del delicado equilibrio entre los Altos Cielos y los Infiernos Abrasadores que había existido durante siglos. La pérdida de la Piedra del Mundo fue terrible y dejó Santuario abierto y vulnerable.

Las cosas estaban aún peor porque Caín había empezado a soñar otra vez con su infancia y con las historias de su madre, despertando empapado en sudor frío casi todas las noches. Luchaba contra interminables ejércitos de las tinieblas sin nada con lo que protegerse o permanecía sentado encorvado y roto en una jaula colgada de un poste mientras que monstruosas criaturas se burlaban de él. Y revivió cosas incluso peores que éstas: fantasmas de su pasado que pensaba que estaban enterrados para siempre.

No había vuelto a soñar así desde la caída de Tristán. Su culpa sobre esos eventos lo consumía. Había llegado demasiado tarde para parar la invasión demoniaca en su propia casa, absorto en sí mismo

como si estuviera de vuelta allí; ya era demasiado tarde como para cambiar lo que había pasado en Monte Arreat.

Los compañeros de Caín insistieron en celebrar su victoria, volviendo junto con sus seres queridos y recogiendo los pedazos de sus vidas destrozadas. No podía reprocharles nada. En cambio, nadie esperaba a Caín y con Tristán destrozada no tenía ningún lugar adonde ir, así que partió en busca de las piezas que podrían explicarle todo lo que había pasado. Si la invasión realmente estaba por venir, necesitaría ayuda: los Horadrim habían sido formados para combatir el mal, pero ya hacía tiempo que habían desaparecido. Oyó el eco de la voz de su madre años atrás: *Jered es tu sangre, y tú... tú eres el último de un orgulloso linaje de héroes.*

Akarat empezó a bajar la pendiente de arena hacia las columnas, pero Caín agarró su brazo. El paladín estaba temblando, la energía y la temeridad propias de su edad le nublaban los sentidos y le impedían actuar con más pausa en situaciones como ésta. Pero Caín lo sintió, un tenue olor amargo en el viento.

El aroma del peligro.

Akarat desenvainó su espada con la intención de cargar sobre lo que fuera que los esperaba abajo.

—Aquí estamos expuestos —dijo—. Es mejor que nos movamos rápido. Te protegeré de las trilladoras y de las avispa de arena. Además, puede que no encontremos nada en absoluto.

—Deberíamos observar un rato más —dijo Caín—. Los textos advertían de un hechizo que hacía invisible el repositorio a la vista. Lo normal sería que no pudiéramos ver esas dos columnas. Algo ha debilitado el hechizo.

No dijo nada más de lo que estaba pensando: *Si estuvieran ocultos aquí tan valiosos artefactos, otras fuerzas poderosas estarían aquí guardando sus secretos.* Se arrodilló en la arena caliente y metió la mano en su bolsa, buscaba un objeto en particular. Ese joven le recordaba a otro que había conocido años atrás, un antiguo amigo suyo que había descendido a las catacumbas infernales para intentar

salvar Tristán. Ese héroe había pagado un precio muy alto por su exceso de confianza, de igual manera que el resto de Santuario, y Caín no había sido capaz de salvarlo.

Si estoy en lo cierto, serás tú quien necesite protección, pensó.

Sacó el objeto, algo parecido a unos anteojos con los cristales de color ámbar, y lo sostuvo hacia la luz. El sol estaba cayendo sobre el horizonte, tiñendo el aire con un tono amarillo. No tenían más de una hora hasta que la oscuridad se cerniera sobre ellos, y quizás lo mejor que podían hacer era acampar y explorar las ruinas a la mañana siguiente. Pero Akarat tenía razón, estaban expuestos allí y ninguno de ellos quería enfrentarse a lo que podría surgir de las arenas cuando se hiciera de noche.

Permaneció de pie, tratando de ignorar el doloroso pinchazo que sentía en la espalda y el dolor punzante de sus rodillas, un recuerdo constante a su edad. ¿Cómo había podido pasar? Parecía ayer mismo cuando era un niño jugando al escondite en los campos, comiendo empanadillas de carne de ternera en las praderas o robando huevos del gallinero de los Gros Grove. Ah, qué caprichosa era la vida, filtrándose entre tus dedos como aquella arena, perdiéndose antes de poder atraparla...

Las propias dudas de Caín lo asaltaron de nuevo. La mayor parte de su vida la había malgastado entre el egoísmo y la negación, viviendo entre sus libros y haciendo caso omiso de su propio pasado. Había esperado cincuenta años para aceptar su destino y en el proceso había ayudado a destrozarse todo lo que había querido. ¿Podía al fin y al cabo considerarse a sí mismo como un Horadrim?

No era un héroe, a pesar de lo que su madre le había dicho siempre. La idea de que todo descansaba sobre sus frágiles y ancianos hombros lo aterrizzaba. Algo terrible estaba por llegar, algo que dejaría los ataques previos a la altura de juegos de niños. Nadie con quien hubiera hablado antes sobre la invasión demoniaca lo creía, excepto Akarat; todos pensaban que era un viejo chiflado y loco, en el mejor de los casos, y una persona peligrosa en el peor. La gente

de Santuario volvió a sus vidas cotidianas y rara vez detectó la intrusión de ángeles y demonios en su mundo. La vida era dura, pero mundana también.

No habían visto lo que él, no habían soñado sus mismos sueños, de lo contrario se sentirían diferentes.

El paladín gruñó. Había envainado su espada otra vez y avanzaba paso a paso. Durante su estancia en Westmarch, le había encantado oír las historias de Caín, insistía en permanecer hasta tarde, aunque el anciano tenía que ir a descansar; pero ahora, tan cerca como estaban de la batalla, quería acción. El joven paladín se llamaba como el fundador de la Iglesia de Zakarum y parecía que le encajaba a la perfección. Aunque era joven y testarudo, era un verdadero creyente y un fanático.

Caín murmuró varias palabras en voz baja, un conjuro breve para activar el poder interno del artefacto, y se lo entregó.

—Mira las ruinas a través de las lentes —dijo—. Rápido, ahora, antes de que se desvanezca.

El joven paladín se acercó las gafas a los ojos y sólo con ver cómo se le cortaba el aliento fue suficiente para saber que el artefacto estaba funcionando.

—Por la Luz... —dijo en voz baja. Bajó el cristal, mirando las ruinas, entonces lo levantó de nuevo—. Increíble. —Se lo devolvió a Caín con los ojos abiertos de par en par por el asombro.

El anciano miró a través del cristal. Las lentes coloreaban toda la escena en un tono anaranjado, como si todo estuviera en llamas. Los restos de una enorme estructura y sus terrenos circundantes se extendían bajo ellos, más allá de donde las dos columnas marcaban la entrada. Otras columnas en diferentes estados de desmoronamiento se alineaban en dos líneas paralelas formando lo que habían sido las entradas frontales de un templo. Había muros caídos y destrozados por alguna gran explosión muchos años atrás. Enormes bloques de piedra, tallados y consumidos por las dunas, yacían medio enterrados allí donde habían caído.

Caín examinó la escena con cuidado y bajó el cristal. Una vez más, todo lo que era visible al ojo desnudo eran las dos columnas. El hechizo que protegía estas ruinas había sido suficientemente poderoso durante siglos, pero ahora estaba debilitándose. La pregunta era por qué.

Sin embargo, no había manera de detener a Akarat. Ya había recorrido seis metros ladera abajo, moviéndose tan rápido como su armadura le permitía. Volvió la vista hacia Caín, la emoción en su cara brillaba tocada por el cálido sol antes de descender hacia las sombras.

—Venga, ven —le dijo—. ¡Está justo enfrente de nosotros! ¿Acaso necesitas una invitación?

D ⊕ S



La Cámara oculta

El aire era más frío cerca de las ruinas. El hechizo para poder verlas con el cristal se había desvanecido una vez llegaron a las enormes columnas, pero los dos viajeros no lo necesitaban más allá de la entrada.

Las dos columnas creaban sombras profundas a lo largo de su camino como líneas negras dibujadas en el polvo. Más allá de las sombras, el velo se desvanecía gradualmente y las ruinas del repositorio secreto se alzaban a su alrededor, saliendo a la luz como las cimas de las montañas entre la niebla. Piedras rotas golpeadas por la arena estaban lisas allí donde las rozaba el viento. Antiguas inscripciones de runas cubrían los lados de grandes bloques de piedra, haciendo de este lugar un sitio de gran poder Vizjerei. Caín notaba su latido acelerarse y las palmas de sus manos cada vez más húmedas. Podía sentir sus latidos bajo sus pies, en las profundidades de la tierra.

O tal vez, pensó, sentía algo diferente.

Todo estaba oscuro allí. Aunque el sol todavía tocaba la parte superior de aquellas rocas, no las calentaba en absoluto. Incluso el paladín lo sintió entonces; sus pasos titubeaban a medida que se internaban en las ruinas. Ante ellos se extendían los restos del templo, su entrada estaba cubierta de escombros y lo que quedaba del techo estaba derrumbado. Vigas enormes apuntaban al cielo como las costillas de una bestia gigante. Aquí era donde habían sido guardados los textos antiguos, si es que habían existido alguna vez. Pero entrar allí podría ser peligroso, por la poca estabilidad de su estructura.

Un sonido llegó a sus oídos como el susurro de las hojas. Akarat se detuvo y sacó su espada.

—¿Lo has oído? —dijo en voz baja.

Caín asintió con la cabeza, moviéndose hacia el lado del joven.

—Debe de haber algo más con nosotros —dijo.

—¿Como... qué? ¿Un animal?

—Quizás —dijo Caín. Se podría decir que el paladín estaba asustado y emocionado al mismo tiempo e intentaba con todas sus fuerzas no mostrarlo. Las historias sobre ataques demoniacos eran una cosa, pero encarar lo que la mayoría de la gente creía que no eran más que leyendas era otra cosa. Caín también lo sabía, por experiencia.

Los sonidos se arremolinaban débilmente alrededor de ellos, llegando casi a desaparecer antes de volver de nuevo como las olas en una playa o el murmullo callado de una multitud. Una curiosa sensación punzante calentaba su piel. Caín sostenía su bastón como un talismán mientras avanzaba sobre el camino en ruinas; Akarat lo seguía de cerca.

—Cierra tus oídos —le dijo Caín— como si estuvieras sordo. Aunque oigas voces, no les hagas caso.

—No lo entiendo...

—Si algo malvado está presente, intentará corromperte, encontrar tu debilidad. Ignora cualquier cosa que intente decirte algo. Sea lo que sea, te prometo que no estás preparado para escucharlo.

Alcanzó el borde de las rocas derrumbadas en la entrada del templo y miró a su alrededor buscando una forma de entrar. Había un hueco lo suficientemente grande para un hombre. La oscuridad se cernía más allá del estrecho paso que no se alzaba más que la distancia entre sus hombros. Caín se quitó la bolsa otra vez y sacó un libro viejo de hechizos; buscaba entre sus maltrechas páginas las palabras correctas. Cuando las pronunció en voz alta, la esfera de cristal que coronaba su bastón volvió a la vida, emanando un resplandor azul e iluminando el espacio interior.

Más allá del alcance del viento, donde la arena empezaba a des-

aparecer, se observaban leves huellas sobre los montículos; ya fueran de un hombre o de algo que caminaba como uno, había pasado por ese lugar no hacía mucho tiempo.

Guardó el libro y se giró hacia el paladín, que lo miraba a él y a su vara resplandeciente con la boca abierta otra vez.

—¿Magia? ¿Magia de verdad?

—Un simple hechizo, nada más, como el cristal, algo propio de los mismos objetos. Tengo simplemente la habilidad de desbloquear esos poderes. Éste es un lugar de magia escogido, al menos en parte, por la energía del terreno donde se levanta. Un hechizo es más útil en un lugar como éste.

—¿Eres realmente el último de los Horadrim?

Caín pensó cómo contestar.

—Lo que sé, lo he aprendido de los libros —dijo finalmente—. Es una orden olvidada. Si quedasen otros, estarían mejor preparados que yo y los hubiera conocido ya.

—Pero, si eres el último, ¿entonces qué?

—Debo hacer todo lo que esté en mi mano para parar lo que está por llegar a Santuario —dijo Caín encogiéndose de hombros—. Y rezar para que no sea demasiado tarde.

Y puede que los cielos nos ayuden a todos, pensó Caín, pero no lo dijo.

Akarat miró hacia su derecha e izquierda, como esperando el ataque de algo.

—Todavía hay mucho por conocer en este mundo —dijo. En ese momento tenía la mirada de un niño que ha visto algo que no debería de haber visto y que intenta comprenderlo. Akarat no se había dado cuenta de la huella.

Caín puso la mano sobre su hombro y dijo:

—¿Has entrado alguna vez en batalla?

—He... he luchado muchas veces —dijo el paladín—. He patrullado la ciudad y he probado mis habilidades en la arena...

—No durante un entrenamiento o de patrulla —dijo Caín con de-

licadeza—, sino contra aquéllos que te atravesarían sin pensarlo dos veces, o incluso peor.

Akarat sacudió la cabeza, su entusiasmo traicionaba su intento de parecer más seguro.

—No he tenido muchas oportunidades desde que soy mayor de edad.

—Olvídate de eso. La batalla de Monte Arreat fue hace mucho tiempo. Tú no tendrías más que...

—Diez años —dijo Akarat con los ojos relucientes—. Recuerdo las historias de los hombres que lograron volver. Quería ser como ellos.

—No hay por qué avergonzarse de eso —sonrió Caín—. El mundo ha estado más tranquilo, como mínimo en la superficie, desde entonces. Pero te dará una oportunidad pronto. Por el momento, quiero que vigiles esta entrada.

Cuando el joven empezó a protestar, Caín sacudió la cabeza y dijo:

—Yo soy un hombre anciano, no muy fuerte. No puedo luchar con una espada. No llevo armadura y soy lo suficientemente delgado como para escurrirme por estos pequeños pasillos y encontrar algo que pueda ayudarnos, si tengo tiempo para hacerlo. Tú me eres de más ayuda aquí fuera, asegurándote de que nada me sorprenda por la retaguardia.

Akarat se puso a sus pies y cogió la empuñadura de su espada con ambas manos.

—No te defraudaré —le dijo.

Caín sonrió pero, cuando encaró la oscuridad, la sonrisa desapareció de su cara. Volvió a recordar al héroe que había conocido una vez en Tristán, el hijo mayor del rey Leoric, más conocido como Vagabundo Oscuro. Le había dicho lo mismo antes de descender a las profundidades de las cavernas malditas bajo la catedral. Caín había instruido al chico y lo quería, al menos todo lo que podía querer a una persona entonces.

Agachó la cabeza para entrar en el improvisado pasillo. Den-

tro del angosto espacio tuvo que caminar encorvado, de rodillas, moviéndose de lado para pasar por un espacio estrecho donde las rocas le rozaban el cuerpo. Volvió a sentir el dolor en su espalda, un constante e invisible enemigo.

Tal vez no debería haber entrado, pensó. Tal vez es una tarea más apropiada para un hombre joven.

Pero sólo unos cuantos metros más allá, el improvisado pasillo se abría y caía hacia abajo. Alzó su vara reluciente para ver con más claridad. Una serie de escalones de piedra toscamente tallados descendía hacia la tierra. Estaban en buenas condiciones; al parecer, los niveles inferiores del templo habían sobrevivido al colapso del edificio. Había más huellas sobre el polvo, algunas subían y bajaban. Era imposible saber durante cuánto tiempo habían estado allí.

Olía a moho y a polvo, el mismo olor que cuando abres una tumba después de muchos siglos. Oyó un débil crujido de nuevo y miró hacia la oscuridad más profunda, pero no vio nada.

Deckard Caín descendía lentamente, el aire se volvía más frío a medida que bajaba. Las escaleras acababan en un suelo de piedra. La luz de su bastón descubrió una cámara grande apoyada sobre enormes vigas de madera de las que colgaban espesas telarañas. Había runas de poder y de advertencia talladas en las vigas. Caín las leyó con una aprensión cada vez mayor. Eran las marcas de los seguidores de Bartuc, un corrompido mago Vizjerei que vivió siglos atrás y que había sido dominado por la sed de sangre tras invocar a los demonios para hacer un trato. Sus enfrentamientos con su hermano, Horazon, habían sido el punto culminante en las ancestrales Guerras de los Clanes de Magos, enviando a la muerte a miles de personas.

Si éste había sido el repositorio del ejército de Bartuc, cualquier artefacto Vizjerei que pudiera encontrar aquí estaría impregnado de magia demoniaca. Se trataría de los mejores, pero posiblemente también de los más peligrosos. (En el mejor de los casos serían sospechosos y posiblemente muy peligrosos.)

¿Habían cometido un terrible error viniendo hasta aquí?

Caín se estremeció cuando un poco de polvo o arena cayó sobre su cabeza y algo negro y grande se deslizó a lo largo de una viga y desapareció. Era demasiado grande para ser una araña y ninguna rata podía aferrarse a las vigas durante tanto rato.

Mejor no mirar tan de cerca esas cosas...

Algo brillaba en el centro de la sala. El polvo había sido retirado de allí, dejando a la vista un intrincado dibujo circular de runas tallado en la roca. Parecía un portal, o eso era hasta donde Caín podía adivinar. En el centro había una piedra del color de la sangre. Alguien había intentado arrancarla, dejando el suelo marcado con profundos surcos, pero parecía como si se hubiera dado por vencido. Caín se arrodilló cerca de la piedra y estudió las runas con cuidado. Lo que leyó hizo que se le acelerara el corazón. Entonces pronunció algunas palabras antiguas de poder, liberó la piedra y la introdujo en su saco.

Deckard Caín siguió el camino que le indicaban las huellas del suelo hasta una habitación que se abría en el muro más lejano. Unas tablas podridas y sujetas a sus soportes, los últimos vestigios de una antigua biblioteca. Muchos siglos atrás, ésta había sido una cámara ritual, usada para invocar a seres desde más allá del mundo humano. Quizás, un portal hasta los mismos Infiernos Abrasadores. Las estanterías estaban vacías. Vio algo de color amarillo bajo una astilla de madera y se inclinó para recoger un trozo de pergamino, rizado y enmohecido.

Algo se movió entre las sombras, a su derecha. Se giró, sosteniendo la luz en su mano. Por un momento le pareció como si las sombras estuvieran vivas, moviéndose y arremolinándose como la tinta en el agua. Al mismo tiempo, una voz como un lejano gemido del viento resonó por la habitación vacía y le erizó los pelos de la nuca.

–Deckaaaaarrddd Caííínnnn...

Caín sintió una sensación extraña, el recuerdo de una noche pasada, cuando era simplemente un niño. Una voz, justo como ésa, que lo llamaba entre susurros. Retrocedió, revolviendo con una mano

dentro de su mochila y sosteniendo su vara de luz hacia las sombras con la otra. Dudaba de sí mismo. ¿Había sido simplemente el viento moviéndose a través de los vestigios del edificio que se alzaba sobre él, una alucinación producto de tanto tiempo bajo el sol?

La voz se escuchó de nuevo, como huesos retorciéndose en una tumba.

—Tus fantasmas son muchos, anciano, y están vivos.

Un chirrido metálico sobre roca parecía provenir de todas partes. Una vez más, una cortina de humo negro apareció y desapareció, sólo para volver a aparecer en otro lugar, como una forma portando una espada; la forma de un hombre, pero con ojos rojos que ardían con el fuego del infierno.

Caín sabía lo que era, extraído de las profundidades de su propia mente y usado en su contra: la imagen del mismísimo Vagabundo Oscuro, conjurado para debilitar su determinación. La forma de humo se arremolinaba y cambiaba, reformándose en dos siluetas diferentes, una más alta y claramente femenina, otra pequeña y delicada. Una sensación de agitación corrió por sus miembros como un recuerdo antiguo y familiar luchando por salir a la superficie. Cerró sus ojos en la oscuridad como si el profundo abismo de la desesperación se abriese en él, amenazándolo con empujarlo dentro.

No debes escuchar.

—Se acerca una tormenta —dijo una voz que provenía de las escaleras—. Tenemos que buscar un sitio para protegernos...

Lo que sea que estuviera escondido en la cámara dio un chillido de goce en el momento que Akarat pisó el suelo de piedra; parpadeando en la luz, su cara mostraba un aire de confusión.

—Atrás —gritó Caín mientras algo estirado en las sombras se abalanzaba sobre el joven paladín.

Pero en cambio Akarat se echó hacia delante como un loco, desenvainando y atacando con su espada, de arriba a abajo, con las dos manos y con tanto empuje como para dividir la sombra en dos. La

espada golpeó el suelo de piedra e hizo levantar chispas. La levantó y volvió a lanzar la pesada espada de un lado a otro sin efecto. La oscuridad fluía como humo alrededor del joven paladín, rodeando sus piernas y moviéndose hacia arriba mientras Caín se arrodillaba en el polvo y sostenía su bastón.

El paladín empezó a gritar.

Caín esparció sus pergaminos sobre el suelo. ¿Dónde está? Los revolvió frenéticamente, encontró finalmente lo que buscaba y desenrolló su delicado papel, pronunciando las palabras de poder con toda la fuerza que podía.

El demonio gritó con ira, emitió un sonido inhumano que se cortó en su punto más álgido cuando el pergamino que sostenía Caín en sus manos se convirtió en polvo. La cámara se iluminó, brillaba con su propia luz de color esmeralda mientras un hechizo burbuja se formó alrededor de los dos hombres. Acorralada fuera de la burbuja, la sombra se retorció y daba vueltas alrededor de la barrera invisible que no lo dejaba pasar. Caín vislumbró algo con muchas piernas, una especie de insecto, muy furioso, que se materializaba y desmaterializaba una y otra vez.

Akarat se puso al lado de Caín, reuniendo sus antiguos pergaminos y ayudándolo a ponerse en pie, entonces observó la oscuridad que ahora parecía tratar de golpear el escudo esmeralda con su propio ser. El joven respiraba con dificultad y estaba cubierto de sudor.

—¿Cómo... cómo hiciste esto?

—Un hechizo Ammuit —dijo el anciano—. Una especie de ilusión que nos mantendrá a salvo sólo por unos instantes.

—¡Después de todo, eres un brujo de verdad!

—Sólo soy un alumno que ha aprendido a utilizar aquello que otros le han dado.

Akarat se giró para mirar la cosa que los había atacado.

—¿Qué es eso?

—Un siervo de un demonio menor, enviado aquí para proteger lo

que contuvieran estas cámaras. No debes escuchar lo que dice o te retorcerá por dentro hasta destruirte.

—V... vi cosas. Cosas terribles —el paladín sacudió la cabeza como intentando aclararla—. Sobre ti... y sobre mí —dio un paso atrás, sus ojos parecían hechizados.

—No te lo creas, hijo. Tenemos que irnos de aquí, y rápido.

—Yo... —la cara del joven se volvió negra—. Esta cosa es maligna. ¡Tenemos que matarla!

—No es de carne y hueso...

—Lo puedo derrotar. Debo intentarlo, por todas las cosas santas. La fe de Zakarum nos enseña a resistir todas las cosas malvadas, a luchar contra ellas hasta nuestro último aliento. Criaturas como ésta corrompieron al Alto Consejo y asesinaron a Khalim, ¡y envolvieron nuestro templo en la oscuridad! Los Zakarum están en el caos por culpa de ellos —el sudor pegaba el pelo de Akarat contra su frente mientras levantaba su arma y se giraba hacia el espectro—. Los arcángeles me apoyarán en esto, lo juro.

Ya está perdido. A Caín le dio un vuelco el corazón y sintió un escalofrío muy profundo en sus huesos. Alargó su brazo para tocar el del paladín.

—Hay una manera de luchar contra demonios como éste, pero no es con la espada...

La sombra se congeló en una oscura cara con los cuencos oculares vacíos, la boca desmesuradamente abierta, flotando fuera de su alcance. Akarat se quedó sin aliento, todo su cuerpo se engarrotó mientras la cara empezó a transformarse en un reflejo de su propio cuerpo. Sus rasgos mostraban sorpresa y luego terror cuando apareció una herida abierta en la garganta del espectro. Su cabeza se inclinó hacia atrás y por el cuello empezó a brotar humo como si fuera sangre negra.

Con un grito ahogado, el joven paladín saltó hacia la cosa que seguía bullendo fuera del escudo esmeralda. Un destello brillante de luz iluminó la cámara cuando pasó a través de la barrera mágica

protectora y Caín levantó su brazo para protegerse y se cayó de espaldas, pero no sin antes ver cómo el paladín lanzaba un golpe de espada que cortaba en dos el espacio vacío.

La luz crepitó como el golpe de un relámpago mientras Akarat gritaba de nuevo y se silenció de repente. Parecía como si el mundo se hubiera parado un momento, como si el tiempo se hubiera desplazado hacia atrás de nuevo, enviando a Caín a toda velocidad al pasado, hasta aquellos días que no quería recordar, sueños llenos de gritos de un niño perdido y solo. El hechizo se rompió, la oscuridad llenó toda la sala hasta que el anciano levantó su bastón de nuevo y lentamente se volvió a poner de pie. La esfera había perdido parte de su brillo, como si las mismas sombras hubiesen empezado a absorber su luz.

El resplandor azul reveló que el paladín todavía seguía de pie, de espaldas a Caín, su cuerpo estaba como suspendido sin fuerzas. Había dejado caer su espada en el suelo, sus brazos colgaban inmóviles a sus costados.

—Akarat —dijo Caín, dando un paso hacia delante, consumido por el miedo. El joven no respondió, sólo movía ligeramente sus hombros hacia arriba y hacia abajo, señal de que todavía respiraba.

Tenemos que salir de este lugar. Estaba equivocado al venir aquí.

Una corriente de aire helado acarició la cara de Caín, trayendo consigo un nauseabundo hedor a muerte. Cuando tocó el brazo del paladín, el escalofrío se extendió a través de sus dedos.

Al tocarlo, el joven se giró hacia él, pero lo que vio Caín ya no era la cara de Akarat.

Tenía la piel curtida, pegada sobre su frente y mejillas, ahora hinchadas, y los labios agrietados y sangrando. Los que habían sido los ojos de Akarat, ahora eran bolsas de carne con un brillo de odio. Caín pensó en cosas frías y muertas pudriéndose en una tumba sin nombre y sabía que no debía mirar, tenía que apartarse ahora y correr, o la oscuridad se metería en su propia alma y ennegrecería su sangre.

–*Te hemos estado esperando, Deckaaaaard Caínnnnn.*

–Liberadlo –dijo Caín.

–*Creemos que no* –la cosa sonrió, dejando a la vista unos largos y caninos dientes muy afilados–. *Hay mucho que hacer, mucho que preparar para la llegada.*

Intentó pensar qué podría tener en su bolsa de ayuda, pero no tenía ningún hechizo para esto, ningún artefacto mágico para deshacerse del demonio. Sin hechizos o artefactos estaba perdido, pues él no tenía ninguna magia por sí mismo.

–*El último de los Horadrim* –dijo la cosa, burlándose de él–. *No eres nada y estás equivocado. Mira alrededor tuyo, las huellas, los pergaminos que no están. Otros de tu clase han estado aquí y han fracasado. ¿Por qué debería de haber alguna diferencia?*

¿*Otros?* Echó un vistazo a las huellas alrededor de la cámara, algunas eran suyas y de Akarat, pero había otras que no podía reconocer. Una leve sensación de esperanza se levantó entre su desesperación. Sin embargo, sabía que era imposible, sabía desde lo más hondo de su corazón que él era el último. Nada de lo que diga esta criatura puede ser cierto. *Los demonios mienten. No has prestado atención.*

Eres el último de un orgulloso linaje de héroes.

–Akarat –dijo Caín con firmeza–. Estoy hablando con el hombre dentro de esta cáscara. Tienes que luchar contra esta cosa que te ha poseído.

–*Nuestro maestro está de camino* –dijo la criatura, lamiéndose los labios ensangrentados. Su respiración sonaba fuertemente sobre el pecho de Akarat, emanaba de él un hedor como el de miles de cuerpos en descomposición–. *El verdadero dios de los Infiernos Abrasadores te alcanzará pronto y tu muerte será lenta y dolorosa. Tal vez te haga su esclavo, obligándote a servirlo para siempre. Conocemos a muchos otros de los tuyos que están con él ahora.* –El demonio le sonrió–. *Incluso aquéllos que conoces y amas.*

–Akarat, escúchame. No le dejes ganar. Tú tienes el control. ¡Mantienes el poder dentro de ti!

La piel de la cara del demonio se arrugó y chilló como de dolor. Caín sostenía su bastón entre ellos y el demonio retrocedía ante la luz.

—¡Libéralo! —gritó Caín.

La criatura chilló de nuevo y por un momento la cara se volvió a convertir en la de Akarat; el joven paladín parpadeaba perplejo mirando hacia Caín antes de que sus rasgos se transformaran en algo espantoso y falleciera.

—El chico no era lo suficientemente fuerte. Ni tú tampoco.

El demonio dio un paso adelante hasta tocar con su pie la espada que Akarat había dejado caer. Se agachó para recoger el arma, mirando cómo su filo brillaba bajo la luz azul. Entonces, volvió a mirar hacia Caín, riendo una vez más.

—¿Quizás debería usar ésta? Cortes pequeños, tal vez. Miles de ellos.

Caín tropezó. Con una mano tanteaba dentro de su bolsa, los dedos le temblaban mientras rozaba los textos, buscaba algo que lo pudiera ayudar. La otra mano le dolía justo en la zona de contacto con su bastón, la única cosa que parecía interponerse entre él y una lenta y dolorosa muerte. Ahora sabía que Akarat estaba perdido y se lamentó por el hombre que podría haber llegado a ser, mientras el demonio rugía frente a él.

Si supiera que no tengo poder por mí mismo y que en realidad este bastón no tiene nada de mágico sin el hechizo que he activado...

Inmediatamente se lamentó de haber pensado algo como aquello, pero era demasiado tarde. La sonrisa del demonio se amplió y dio otro paso hacia adelante.

—Entonces, ¿no eres un Horadrim de verdad? Por supuesto que no. Tus debilidades traicionan a la verdad.

Caín retrocedió tambaleando por la antigua cámara hasta que llegó a su centro.

—¡Apártate! —gritó, blandiendo el bastón. La luz azul que contenía la esfera parpadeó y comenzó a apagarse. La sonrisa del de-

monio se ensanchó todavía más, como si el rostro desfigurado de Akarat fuera a colapsarse en sí mismo como un agujero negro que consume toda la luz y todo lo bueno del mundo.

—¿Sabes lo que has iniciado? Los cielos arderán, Horadrim. El azote de Diablo y sus hermanos parecerá una celebración comparado con esto. Nuestro amo es todopoderoso y tirará abajo los muros de Santuario hasta que el suelo tiemble y se abra en dos. Caldeum arderá, los arcángeles en los Altos Cielos caerán y todo Santuario será nuestro. Y tú llegarás tarde para detenernos.

—Qué patético. Tu salvador está tan cerca, escondido entre miles de personas, a la vista de todos, a no más de tres días de camino desde aquí. Sin embargo no sabrás nada, no verás nada.

Caín cayó de rodillas. Su mano encontró lo que había estado buscando y cerró su puño alrededor de la oscura piedra que había arrancado del círculo con runas inscritas que había en el suelo.

—¿Dónde están tus ángeles ahora, anciano? ¿Dónde están tus héroes para poder ocultarte tras ellos mientras entras en batalla? ¿Eso es todo lo que tienes? ¿Este chico que nos has entregado para esconder tu propio egoísmo y orgullo? No vales para nada. Igual que tu padre. —El demonio levantó la espada con ambas manos y la sostuvo sobre él, riendo a carcajadas. Caín retrocedió y cayó de espaldas sobre sus manos mientras dejaba caer su bastón. La esfera reluciente rodó por el suelo hasta parar unos metros más allá—. *He-mos cambiado de idea. No serán miles de pequeños cortes, sino solo uno para separar tu cabeza de tus hombros.* —El demonio inclinó la cabeza, como si estuviera escuchando algo. Sea lo que fuera que escuchó lo hizo agacharse como un perro apaleado. Cuando habló, no fue hacia Caín, sino hacia alguien invisible a los ojos mortales, y el sonido de su voz cambió hasta un quejido patético—. *Estamos sedientos de sangre. ¿Por qué no es el momento?*

Entonces vio cómo la mano de Caín agarraba la piedra. Caín se movió para esconderla, pero el demonio lo atacó con la espada y le produjo un corte en la muñeca tan rápido que tuvo que dejar caer

la piedra en su intento por esquivar el ataque. El golpe sólo cortó el aire por centímetros.

—*¿Pensabas que nos podías eliminar con eso?* —El demonio recogió la piedra y la levantó. La piedra de color rojo sangre brillaba bajo la luz azul, luego se acercó un poco más a Caín—. *Esto no tiene ningún poder sin las runas y la magia para despertarla, anciano.*

—T... te ordeno que abandones este cuerpo...

—*¡Silencio!* —El demonio levantó con una mano la espada de nuevo, todavía agarraba la piedra en la otra. Caín bajó la vista hacia el suelo en el que estaba la piedra—. *Un paso más y...*

El demonio dio un paso hacia el frente, la rabia era patente en sus rasgos; no era consciente de que se dirigía directo a la trampa de Caín. Rápidamente pronunció las palabras de poder, leyéndolas directamente de las runas que había memorizado; de repente, las palabras salieron por su boca de forma clara y potente. El demonio miró hacia el suelo, su rostro estaba ahora sorprendido y absorto mientras que el círculo de runas bajo sus pies empezó a palpar con una luz roja y la piedra que todavía sostenía en su mano despertó.

Gritó con ira por lo que Caín le había hecho y, junto con la expresión de rabia, su rostro parecía mostrar ahora respeto.

—*¡Una trampa!*

Pero Caín no encontró ninguna satisfacción en esto, sabiendo que había sentenciado a muerte a Akarat.

El portal que los seguidores de Bartuc habían usado para invocar a los demonios de los Infiernos Abrasadores se abrió con un estallido de luz roja. El demonio chillaba mientras la piedra que apretaba en la palma de su mano lo igualaba en color y brillo. La espada chocó con fuerza contra el suelo y la silueta de Akarat desapareció, desvaneciéndose como la imagen del sol en los ojos de un hombre parpadeando contra su propia ceguera.

—Vuelve a los Infiernos —dijo Caín hacia el vacío repentino una vez que el portal se hubo cerrado. Le dolía todo el cuerpo.

Akarat, hijo mío, perdóname.

Se levantó lenta y dolorosamente, y recuperó su bastón. La luz azul prácticamente se había extinguido. El demonio se había ido, pero también su compañero, y no habían encontrado nada. Akarat había muerto en vano.



Deckard Caín subió los escalones de piedra solo, se escabulló de vuelta por el estrecho pasillo hasta llegar al exterior de nuevo, donde una tormenta había llegado hasta las ruinas y ahora amenazaba con empapararlo todo. Llevaba la espada de Akarat y un gran pesar en el corazón. Había vuelto a fallar en su misión de mantener vivos a aquéllos a los que quería.

Nubes oscuras sobrevolaban la zona y el viento hacía volar su túnica. La luz se desvanecía rápidamente.

Tengo que darme prisa. Puede que todavía haya algo que salvar de este viaje, y haría cualquier cosa que estuviera en su poder para encontrarlo y honrar la memoria de Akarat. Caín recorrió el perímetro de las ruinas del edificio principal y encontró más huellas. En la parte trasera, entre las columnas rotas y los fragmentos de roca, tropezó con un camino hacia lo que podía haber sido un jardín o algo parecido muchos años atrás. En el centro de un espacio abierto estaban los restos de una hoguera, junto con mochilas abandonadas y tres bastones de caminar rotos.

El pulso de Caín se aceleró. Fuera lo que fuera lo que les hubiera pasado a aquéllos que habían llegado allí antes que él, había pasado allí; no estaba claro si estaban vivos o muertos, pero claramente habían sacado allí arriba lo que habían encontrado en la cámara subterránea y habían acampado antes de ser interrumpidos.

El viento agitaba algo que estaba medio enterrado por una montaña de arena. Era un libro de hechizos. *Vizjerei*. Magia demoniaca, un trabajo de Bartuc lo suficientemente antiguo como para ser del templo. Al fin y al cabo, había encontrado algo importante allí.

Examinó la arena en busca de más cosas. Unos metros más allá, cerca de un dibujo inacabado sobre la arena, encontró otro libro, uno de profecías horádricas.

Por un momento se quedó inmóvil por el asombro. ¿Textos horádricos, aquí, en este lugar? Las páginas estaban rasgadas, faltaban algunas partes y las palabras eran casi ilegibles. Caín lo trató con cuidado, con reverencia, como hacía con todos los textos. Eran muy valiosos para él, como si fueran sus hijos. Pero éste tenía una importancia todavía mayor.

En la primera página aparecía un emblema de armas grabado, como si fuera una marca. Un símbolo de un linaje importante y el testamento de un texto de gran valor. Parecía haber sido escrito por el mismo Tal Rasha, uno de los primeros Horadrim en cumplir el encargo del arcángel Tyrael de perseguir y encarcelar a los demonios mayores.

Caín hojeó el libro, su corazón golpeaba con fuerza su pecho. Lo que todavía era legible hablaba sobre otra guerra que estaba de camino entre la luz y la oscuridad, que haría que todas las demás palidiesen en comparación. *Y los Altos Cielos diluviarán sobre Santuario mientras un falso líder se alza desde las cenizas... la tumba de Al Cut será descubierta y los muertos arrasarán la humanidad...*

Un ruido hizo que se girara. Una avispa de arena voló unos dos metros más allá, con su pesado abdomen y su aguijón colgando mientras se posaba y revoloteaba por el suelo, flotando cerca de las bolsas abandonadas. Caín se quedó quieto hasta que se marchó de allí, luego fue a ver qué había dibujado en esa zona.

Dentro de las bolsas había comida podrida, que probablemente había atraído a la avispa, y también más textos. Los amontonó en el suelo y empezó a hojearlos uno a uno mientras el cielo crujía por encima de su cabeza. El viento húmedo traía el aroma de la lluvia. Eran una extraña mezcla de escritos Vizjerei, Horádrico y Zakarum, y no tenía ni idea de cómo alguien podría haber reunido una colección así, o por qué los habrían abandonado aquí.

Caín les echó un vistazo, sintió una familiar excitación en crecimiento a medida que pasaba las frágiles páginas. Cuando cogió el penúltimo del montón, sintió algo diferente en sus manos. Este libro era mucho más reciente: una reproducción de un libro de hechizos; no parecía tener más de un año de antigüedad. Su factura era sólida, las páginas estaban nuevas y transcritas. También parecía ser de los Horadrim.

(Mira alrededor tuyo, las huellas, los pergaminos que faltan. Otros de los tuyos han estado aquí y han fracasado...)

La mente de Deckard Caín no paraba de darle vueltas. Habían aparecido muchos otros falsos textos horádricos en Santuario durante los últimos años, pero éste parecía ser más auténtico que los otros que había visto. Lo estudió más detenidamente, prestando más atención al estilo de la prosa de sus palabras, a la música del mismo lenguaje. Se dio cuenta del poder que contenía; el libro parecía vibrar en un tono más allá de la percepción humana. Cuanto más leía, más seguro estaba de que era una reproducción exacta de un texto original. Haberlo encontrado junto con los otros volúmenes, mucho más antiguos, hacía que fuera máspreciado todavía.

¿Quién podría haber tenido acceso a estos libros? ¿Hubo algún tipo de esfuerzo organizado por traer de vuelta la magia de los clanes de magos a estas tierras?

Caín pensó en otra cosa que el demonio le había dicho. *Tu salvador está tan cerca, escondido entre miles de personas, a la vista de todos, a no más de tres días de camino desde aquí.* El lugar más cercano con miles de habitantes era Caldeum, la ciudad comercial más grande de Kehjistan. Éste era también el lugar donde un libro de tal calidad podía haber sido manufacturado o vendido. Y había algo más, alguien más, en Caldeum, alguien a quien había tenido la intención de visitar durante mucho tiempo. Un amigo de los días oscuros de Tristán, una responsabilidad que había estado evitando. Ahora tenía una buena razón para ir allí.

Debes ir a Caldeum.

La voz sonó tan fuerte que por un momento Caín vio a Akarat de pie junto a él, con su armadura dorada y reluciente y sus ojos brillando con una luz interior.

El destino de este mundo reside en el equilibrio. Debes ir.

Caín parpadeó, apartó la mirada y volvió a mirar. Ya no había nada delante de él más que el viento silbando a través de una roca; en ese mismo instante, empezaron a caer gotas de lluvia.

Deckard Caín cogió la espada de Akarat, su peso era extraño e incómodo en sus manos. No era un guerrero y una espada como ésa era inútil para él. La clavó profundamente en la arena, dejándola como un pequeño monumento para que todo el mundo lo viera. Luego metió todos los libros que había encontrado en su bolsa y se abrió paso bajo la lluvia entre las ruinas del templo Vizjerei, subiendo las dunas de arena tan rápido como su anciano cuerpo le permitía. Pensó en pasar la noche allí, pero una voz seguía animándolo insistentemente. No había tiempo que perder.

La batalla por este mundo había empezado.

TRES



La ciudad de Caldeum

Una niña, de constitución fina y con no más de ocho años de edad, salió por una reja oxidada de alcantarilla mientras los rayos del sol tocaban las partes más elevadas de las cúpulas de cobre y los tejados de la ciudad. El mundo se encaminaba hacia la noche. Su cabello castaño le colgaba a mechones por su bonita, aunque sucia, cara de duendecilla; el flequillo lo llevaba corto para facilitar su cepillado entre un infrecuente baño y otro.

Se agachó en las sombras de un callejón. El viento cambió y una niebla proveniente de las cascadas artificiales de Caldeum tocó su cara. El agua tronaba a lo lejos. Murmuraba algo en voz baja y una mujer joven que pasó por su lado se sorprendió al verla, contuvo el aliento y apretó los pliegues de su vestido de campesina contra su cintura; estaba tan quieta entre las sombras que la mujer ni se había percatado de su presencia. La niña la miró sin mucho interés. Estaba acostumbrada a que el resto obviase su presencia, como si el más mínimo signo de su existencia los asustara.

Estaba atenta a lo que estaba pasando cerca. La niña observaba la actividad alrededor de los tenderetes montados sobre la arena más allá de las murallas de la ciudad. Su madre le había dicho que no fuera hasta allí, pero el mercado la fascinaba. Había tantas clases diferentes de personas pululando y gritándose entre ellas, campesinos con carros cargados de tela, verduras y carnes; guardias de la ciudad vigilando con espadas y escudos pesados; comerciantes negociando con todo el mundo; nobles vestidos con sus ropas de seda y criados en busca de sus necesidades. Caldeum era una ciudad llena de color

y calor, a pesar de la tensión que la gente parecía sentir últimamente, como si algo terrible fuera a sucederles. Pero ella, sola y empujada por una inquietud que no podía comprender, vivía aparte de ellos entre sus propias, profundas y oscuras sombras.

El olor a comida flotaba por encima de los tenderetes y el estómago de la niña rugió justo antes de que un anciano vestido con las ropas arruinadas tropezase en la calle cerca de ella, apareciendo de la nada. Su pelo era una masa de rizos enredados y sucios, y su barba era tan larga que le llegaba hasta el pecho. Llevaba un saco de tela sobre su hombro lleno a rebosar con sus cosas personales y era tan grande como para hacerlo tambalear de un lado a otro mientras caminaba. Se puso nerviosa mientras lo veía abrirse paso entre el tráfico, seguramente lo iban a atropellar pero, cuando dejó caer el saco en el suelo y se quedó parado mirando los carros y las bestias, todo el mundo lo maldijo y pasó alrededor suyo, igual que un río rodeando una roca.

El anciano murmuró algo para sus adentros, pero en un tono demasiado bajo como para oír lo que dijo. Rebuscó en su saco durante un momento y extrajo una bola de tela, los restos de una túnica. *El final de los días* estaba garabateado en letras rojas sobre la tela. La elevó por encima de su cabeza y levantó sus manos arrugadas y sucias como si fuera a decir algo.

—¡Cuidado con la llegada de los malignos! —gritó el mendigo con una voz tan rasgada como sus ropas—. ¡Todo empezará con la caída de la montaña y la apertura del portal y terminará entre terror y muerte! ¡El cielo se volverá negro, las calles se llenarán de sangre!

Un grupo de chicos estaban al otro lado de la calle. Uno de ellos le dio un codazo a otro y señaló al anciano. Se rieron y fueron hasta donde estaba, formando un círculo a su alrededor.

—Salte de la carretera, anciano —dijo uno de ellos—. Acabarás con la barba enredada en las ruedas de alguien.

El mendigo balanceaba la cabeza de atrás a adelante, lanzando su mirada a los rostros de la gente.

—Estáis condenados. El Oscuro es poderoso, os lo digo. ¡Levantará un ejército de demonios! ¡Los muertos caminarán entre nosotros!

Los chicos se volvieron a reír, mirándose unos a otros con perplejidad.

—Hueles como un hombre muerto —dijo uno de ellos—. Tal vez te has confundido. —Otro cogió su saco y el mendigo empezó a agitar sus brazos como un pájaro sus alas, estirándolos para recuperarlo mientras el chico lo movía hacia un lado, casi golpeando a una mujer y a su hija, que se lograron zafar del golpe. El mendigo intentó recuperar sus cosas, pero los chicos lo encerraron, obligándolo a retroceder mientras lo insultaban. Cuando el anciano volvió a estirar sus brazos, rozó los suyos y uno de ellos lo empujó. Se trastabilló y estuvo a punto de caer.

La niña no se pudo contener más; eran tan crueles como ver una horda de monstruos acercándose a la orilla. Sacó el poco pecho que tenía y dio un paso fuera de las sombras.

—Dejadlo en paz —dijo.

Los chicos se dieron la vuelta para mirarla.

—Vaya, mirad esto —dijo su cabecilla, paseando tranquilamente hacia ella. Era tan grande como el resto, un palmo más alto que ella, y sus ojos crueles parecían los de un cerdo—. Parece que tiene un ángel de la guarda. ¿O tal vez eres uno de los muertos vivientes de los que habla?

El corazón de la niña empezó a latir muy rápido cuando el resto de chicos dejaron al mendigo y se acercaron a ella.

—¿Qué es lo que esperas de un necio como éste? —dijo Ojos de cerdo—. ¿Es tu novio o algo parecido?

La niña miró a los chicos y al anciano, que había conseguido recuperar su saco y estaba escabulléndose de allí, murmurando de nuevo. La ola de energía que había sentido crecer en su interior se había roto momentáneamente como el agua en las rocas y por un momento se permitió un respiro. Pero, luego, Ojos de Cerdo empezó a darle golpecitos en el hombro con un dedo intimidatorio.

—Oye, estoy hablando contigo.

Los otros bromeaban, sonriéndose unos a otros. En realidad, esas risas significaban que la diversión estaba por comenzar. Era el momento en que Ojos de Cerdo entraba en acción.

—No me gustas —dijo la niña—, eres completamente repugnante aquí dentro. —Y se tocó su pequeño pecho.

Ojos de Cerdo entrecerró los ojos y la sonrisa desapareció de su cara.

—Bueno, tú eres repugnante por fuera —le dijo. El tono de su voz se había endurecido—. ¿Te he visto antes, verdad? ¿Leah, verdad? ¿Dónde está la loca de tu madre? ¿Asistiendo otra vez a los hombres en la taberna?

Los otros chicos gritaron y se rieron a carcajadas, dándose palmadas en los hombros efusivamente, pero Ojos de Cerdo no retiró la mirada de su cara.

—Escúchame, a mí tú tampoco me gustas —dijo en voz baja. La volvió a empujar—. ¿Entendido? A nadie le gustas. Eres una rata de alcantarilla. Deberíamos arrojarte a la fuente y quitarte la peste a esos mugrientos túneles por los que te arrastras, pero entonces no venderíamos ninguna entrada para el espectáculo.

Los demás se volvieron a reír. *Rata de alcantarilla*. Odiaba cuando la llamaban así.

—No me toques —le dijo y, cuando él cruzó su mirada con la suya, dio un pequeño e involuntario paso hacia atrás. Sus ojos tenían un brillo siniestro, algo profundo que hacía que el resto se alejase molesto. Ella no sabía por qué, sólo que el resto encontraba algo perturbador en ella y en las extrañas cosas que pasaban alrededor de ella de vez en cuando. Era como un imán para la mala suerte, o eso parecía. Pero eso no lo contendría por mucho rato y mucho menos delante de sus amigos. Intentaría herirla, las cosas se desmadrarían, ella se descontrolaría y no tenía ni idea de lo que podría pasar después...

Un cuervo graznó por encima de ellos; volaba en círculos sobre el grupo y con un batir de alas negras se posó unos seis metros más

allá. Inclínó la cabeza, los estudiaba con sus pequeños y brillantes ojos y saltó hacia una rata muerta que yacía al sol. Pasó un carro por su lado, la rueda peligrosamente cerca, y el cuervo dio un brinco para alejarse y volvió a acercarse después, mirando el amasijo de tripas y piel en que se había convertido la rata antes de picotear una larga y húmeda tira de carne, estirando apresuradamente hacia arriba los restos calientes como un gusano antes de echar la cabeza hacia atrás y tragarse la carne.

A Leah se le revolvió el estómago cuando vio que el cuervo volvía a inclinar la cabeza y la miraba con su ojo negro como diciendo, *te veo, pequeña*. Tenía la sensación de que ese ojo podría abrirse lo suficiente como para tragársela entera, de la misma forma que con la cruda y roja carne que el cuervo estaba comiéndose.

Le temblaba todo el cuerpo, sin embargo cerró sus pequeños puños con fuerza para estar lista para la pelea; pero, como los chicos estaban distraídos en aquel momento por el cuervo, aprovechó la situación y se escabulló del brazo de Ojos de Cerdo y se fue corriendo por el callejón oscuro. Un momento después alguien gritó y oyó que iban tras ella. El ruido de sus pasos al correr era atronador y la sangre empezó a latir en sus oídos. En algún lugar por detrás de ellos se escuchaba la voz ronca del anciano y sus profecías del Final de los Días, y en su mente se imaginó que el cuervo la miraba como si ella fuera a ser el siguiente plato del día.

Algo terrible está de camino.

Por un instante no sabía si aquella voz procedía del mendigo loco que estaba al final de la calle o de su propia cabeza. Un escalofrío le recorrió la espalda y se estremeció al tiempo que se metía en otro estrecho callejón entre la parte trasera de una panadería y una tienda de ropa. Allí se tuvo que desviar para evitar a un borracho que estaba tocándole el pecho a una mujer al cobijo de la oscuridad entre insultos a media voz y más gritos de los chicos. *Algo terrible*. No sabía por qué pensaba eso, pero estaba allí, todo igual, aleteando sobre ella como las alas de aquel cuervo. Ya había oído aquella voz

en su cabeza otras veces y no se parecía en nada a la suya propia. Se preguntaba a menudo si las otras personas también oían aquellas voces que le hablaban de vez en cuando o si era algo que sólo le pasaba a ella.

El callejón desembocaba en una calle grande con mucho más tránsito peatonal y, cuando llegó a ella, dos soldados la observaron desde el otro lado con las manos en las empuñaduras de sus espadas. Con algo de suerte, advertirían a los chicos que venían corriendo tras ella y los detendrían, pero no podía contar con eso. Dio un giro brusco hacia su derecha, hacia la fría y oscura entrada de una tienda de tabaco; el humo flotaba sobre ella como la niebla en una zona frondosa y húmeda. Conocía bien la ciudad, sabía que esa tienda era profunda y tenía otra puerta en la parte de atrás que la guiaría hacia la salvación; los chicos tal vez lo supieran también, pero no sabían lo que había debajo. Para cuando hubieran averiguado qué había hecho, ya estaría a salvo.

Mientras entraba como una flecha en la tienda e ignoraba el grito de sorpresa del propietario, intentó calmarse un poco. En realidad no había pasado nada, nada que pudiera causarle problemas mientras su madre no se enterara.

La rejilla estaba cuidadosamente escondida entre las sombras en el otro lado de la tienda. La retiró hacia un lado y, sin hacer ruido, se metió dentro de la oscura alcantarilla, luego volvió a poner la rejilla en su sitio, sobre su cabeza. Conocía esos túneles mejor que nadie y tanto su oscuridad como su estrechez la reconfortaban. Había jugado en ellos durante tanto tiempo como podía recordar. Éste la llevaría directa y segura a casa.

Eres una rata de alcantarilla. Deberíamos arrojarte a la fuente y quitarte esa peste. Se secó con rabia las lágrimas de sus mejillas, mientras se dejaba caer al suelo y caminaba silenciosamente hacia delante; sus ojos ya estaban acostumbrados a reconocer las formas bajo la tenue luz que se filtraba por las rejillas. No dejaría que la atrapasen, no de esa forma. Había aprendido a soportar las miradas

extrañas y las burlas durante gran parte de su vida. Miradas y burlas que la hacían sentir fuera de lugar, pero lo que había sucedido hoy no era peor que lo de otros días.

Al final, no fueron las burlas de los chicos lo que se le quedó grabado en la mente; no podía quitarse de la cabeza la imagen del anciano, el angustioso sonido de su voz y el cuervo de ojos negros mirándola fijamente desde el callejón mientras se inclinaba para comer.

Su pico desgarrando la carne muerta.

Algo terrible está de camino.

Lo que podría significar, ella no lo sabía, pero sentía su llegada como cuando el viento transporta un olor repugnante.



En el momento que Leah salió de las cloacas y llegó a su casa, los últimos rayos de sol se colaban entre los edificios y la temperatura había bajado tanto que tiritaba de frío. Los chicos habían abandonado su persecución hacía mucho rato y ella se había tranquilizado lo suficiente como para empezar a cuestionarse su propio sentido de la perdición. Aquel día era como cualquier otro; el mendigo era un anciano chiflado, nada más.

Pero, cuando abrió la puerta, su madre la estaba esperando, en sus ojos tenía aquella expresión que había aprendido a reconocer y temer a la vez. Gillian la cogió por el brazo y la empujó dentro.

—¿Dónde has estado, niña? —le dijo, mientras cerraba la puerta y echaba el cerrojo. Leah miró a su alrededor como esperando que alguien las asaltara—. ¿Jugando en esos malditos túneles otra vez? Estás hecha una pordiosera. ¡No puedes vagar por ahí durante la noche sola!

—L... lo siento —murmuró Leah—. He ido a ver a... Jonah. —Ése era el nombre del dueño de la pequeña tienda donde compraban los huevos y la leche; por el momento, Leah temía que su madre se

diera cuenta de que había vuelto con las manos vacías, pero parecía que Gillian no había notado nada. Ella siempre había estado como ausente, e incluso algunos de la ciudad decían que estaba loca, pero su extraño comportamiento nunca les había molestado demasiado. Aunque las cosas habían cambiado últimamente. Leah se frotaba el brazo por donde Gillian la había cogido con fuerza y pensaba en el cuervo otra vez, en sus garras afiladas y en cómo desgarraba la carne cruda y ensangrentada.

Gillian giró la cabeza, como si intentara escuchar algo que nadie más podía ver. Murmuró en voz baja e hizo que Leah entrase más adentro, llevándola lejos de la puerta como si alguien fuera a llegar en cualquier momento.

—Nos están vigilando—dijo la madre mientras se dejaba caer de rodillas enfrente de ella y la agarraba de las dos manos con fuerza—. Están por todas partes. —Bajó un poco el tono de su voz—. Te quieren, Leah, y si te encuentran nunca regresarás. Nunca. ¿Lo entiendes?

La urgencia de sus lamentos la hacía parecer más patética que peligrosa, pero Leah estaba asustada, siempre pasaba lo mismo. Era diferente que el asunto con los chicos en la calle, pero no era menos preocupante.

Dentro de la casa hacía más frío y las dos sintieron un escalofrío recorriendo sus cuerpos. Leah asintió con la cabeza, cerrando y abriendo sus puños, intranquila, aunque no entendía nada de lo que su madre le decía. *¿Quién nos está vigilando? ¿Aquellos chicos o alguien más?*

Gillian se encogió de hombros y dejó caer sus manos como si le pesaran una tonelada. Se levantó y le puso una mano encima de la cabeza, haciendo una mueca de dolor.

—¡Cierra el pico!—gritó de repente, mientras se giraba y parecía dirigirse, no a Leah, sino a algo fuera del alcance de la vista y del oído—. Sólo es una niña. ¡Ella no significa que vaya a pasar!

El frío se intensificó. Algo repiqueteó como los platos sobre la mesa. Gillian se giró hacia ella, estaba asustada y sus ojos estaban

completamente abiertos. Volvió a coger a Leah por los brazos y la zarandeó tan fuerte que las mandíbulas de la niña sonaron al golpear entre ellas.

—¡Para de hacer eso!

—N... no he hecho nada...

—No es verdad —susurró Gillian—, no creo lo que dicen. Tú eres una niña buena, ¿verdad, Leah?

Leah volvió a asentir, mientras miraba a su alrededor: la habitación andrajosa, con su mesa y sillas viejas, su chimenea llena de hollín y su alfombra raída, que de tan gastada y sucia había perdido todo su color. Era inútil pedir ayuda allí, pues nadie escucharía su grito. Con la lengua se acariciaba una llaga que se había hecho en la parte interior de la boca. Sintió como si algo se alzara dentro de ella, como si una extraña y desconocida parte de su ser, dormida durante estos años, empezara a despertar, y pensó en los sueños que la asaltaban en mitad de la noche sobre un mundo que no podía ser real, aunque lo sentía tan vívido como cualquier otro lugar que hubiera visto con sus propios ojos.

—Los muertos no descansan —dijo Gillian—. Los demonios están listos para la sangre. La desean. Quieren bañarse en ella. Van a...

El farolillo que colgaba en la cocina brillaba intensamente. Un cuenco se cayó de la mesa e hizo un estruendo enorme al golpear contra el suelo; las manzanas verdes que contenía el cuenco salieron rodando por el suelo de madera y fueron a parar a sus pies. Gillian se alejó de Leah de un salto, con los brazos abiertos como si intentara parar un golpe. Luego cerró la boca con fuerza y los ojos con rabia. Cogió a Leah de nuevo y la empujó fuera de la habitación, hacia el corto pasillo que conducía a su dormitorio.

—No quiero que esto pase en mi casa, ¿me entiendes? —dijo bruscamente—. No quiero que eso pase. Te quedarás aquí dentro hasta que yo lo diga.

—Madre, por favor... —Leah notaba cómo las lágrimas brotaban de sus ojos.

—Algunas veces pienso que tú también eres un demonio —susurró Gillian, pero tenía la mirada perdida y Leah no sabía si se dirigía a ella o a otra persona. Entonces cerró bruscamente la puerta y Leah oyó cómo se cerraba el pestillo.

Leah apoyó la cabeza contra la fría madera y se limpió las lágrimas. Podía oír cómo su madre movía cacharros en la cocina, murmurando para sí misma, pero no era capaz de entender las palabras que pronunciaba. No tenía ni idea de lo que le iba a pasar. Pero Gillian no volvió. Un rato después, Leah se tumbó en su cama, se acurrucó en un lado y cerró los ojos.



Unas horas después, Leah se despertó en la oscuridad. La casa estaba en silencio y no sabía qué la había hecho despertar. Desde su ventana veía la luna grande y llena, como una garrapata amarillenta e hinchada que flota por encima de las enormes cúpulas de cobre de la ciudad sobre un cielo negro y nublado. Tenía un vago recuerdo de otros sueños perturbadores, monstruos persiguiéndola a través de tierras salvajes llenas de magia y fuego. Su madre la había advertido sobre aquellos sueños, le dijo que nunca los confundiera con lo que era real, pero el tono tan serio que siempre utilizaba la hacía sentir un poco incómoda. Tal vez Gillian estaba preocupada por la locura que lenta pero progresivamente se iba apoderando de ella.

Volviéndose loca. Eso era lo que le estaba pasando a su madre, ¿no? Escuchando voces, hablando de demonios y sangre y muerte. Gillian había empezado a empeorar y, por primera vez, la niña se preguntaba qué le pasaría si su madre no pudiera ocuparse más de ella. Nunca había conocido a su padre y Gillian se negaba a hablarle de él; todo lo que ella sabía es que había nacido sin padre y ninguna otra familia había venido nunca a visitarlas a Caldeum. No sabía mucho acerca de dónde procedía; sólo sabía que hacía años una

tragedia en la vida de su madre las había llevado muy lejos del lugar en el que vivían solas y sin ataduras.

Oyó un crujido que provenía de algún lugar del pasillo. Una diminuta línea de luz se encendió bajo la puerta y se apagó, como si alguien se estuviera moviendo al otro lado con un farol encendido. Se levantó de la cama y se acercó en silencio a la puerta, apoyando su oreja contra la madera. Su madre estaba hablando consigo misma en ásperos susurros y elevaba poco a poco la voz; el crujido de sus pasos se volvió más rápido a medida que caminaba para un lado y otro. De nuevo, Leah sintió algo que se alzaba dentro de ella fuera de su control, una energía que la asustaba tanto como para dejarla sin respiración. Se retiró de la puerta cuando vio que la luz brillaba por debajo de ella, saltó sobre su estrecha cama y apretó las rodillas contra su pecho mientras se balanceaba.

Gillian gritó en el pasillo, su voz sonó sorprendentemente fuerte en la silenciosa casa. Un tímido y animal gemido se escapó de la boca de Leah cuando el cerrojo se movió y la puerta se abrió de pronto y golpeó contra la pared. Gillian entró en la habitación enmarcada por la luz del farol que sostenía, balanceándose ligeramente en su camión y con el pelo revuelto, formando un aura fantasmal sobre su cabeza.

—Ven aquí, pequeña —le dijo. Cuando Leah no se movió, alzó la voz, agria y dura—. Tienes que hacer caso. Te estoy hablando. —Su madre sonrió, pero no de una forma extraña. Parecía como si su madre no estuviera allí del todo, como si estuviera bajo un trance—. Hay algo importante que tenemos que hacer.

Leah no sabía exactamente qué iba a pasar a continuación. Cuando Gillian entró en su habitación, el mundo pareció estirarse, desmoronarse y oscurecerse, como si otra persona hubiera tomado el control de sus sentidos. Lo siguiente que recordó es estar en el pasillo, la sudorosa mano de su madre sobre su brazo empujándola hacia delante y el ruido de golpes en la puerta. No sabía si lo que pasaba era real o fruto de su imaginación.

Gillian se quedó parada en medio de la sala de estar con una expresión como embrujada. Los restos del fuego crepitaban en la chimenea. La llama del farolillo formaba sombras que bailaban sobre las paredes grises.

Golpearon a la puerta de nuevo, más fuerte esta vez. Gillian suspiró, soltó el brazo de Leah y todo su cuerpo se desplomó como si se liberara de algo que hubiera estado aguantando internamente. Cualquiera que fuera la magia oscura que había caído sobre ellas se estaba desvaneciendo.

—Es tarde —susurró—. ¿Quién será? —De repente, enfocó su mirada en el rostro de Leah, que temblaba violentamente—. ¿Qué pasa contigo? ¿Y qué es lo que haces fuera de la cama? Trae algo de agua mientras yo atiendo la puerta.

Dejó el farol sobre la mesa y se apretó las ropas sobre su delgada figura. Leah no se movió, tenía las piernas como pegadas al suelo mientras su madre agarraba el pomo de la puerta y la abría.

Un hombre mayor esperaba fuera vestido con una túnica gris con capucha. Tenía el pelo blanco y una barba larga y descuidada, llevaba un bastón de caminar en una mano y una raída bolsa a su espalda. Por un momento pensó en el mendigo loco de la calle, pero este hombre era completamente diferente. Sus ropas eran raras y parecía transportar una carga pesada. Pero sus rasgos eran viejos y amables y sus ojos parecían parpadear como estrellas sobre la oscuridad que envolvía su rostro.

—Gillian —dijo—, siento llamar así, tan tarde, pero llevo viajando durante días y no quería esperar más.

La madre de Leah se quedó totalmente inmóvil, sin respiración durante un momento. Colocó lentamente su mano sobre su boca.

—¿Deckard? ¿Deckard Caín? ¿Eres realmente tú?

El anciano sonrió.

—Eso es lo que creo, a no ser que el polvo del camino sea lo suficientemente espeso como para admitir lo contrario. —Desvió su

mirada desde la cara de su madre hasta la de Leah—. Ha pasado mucho tiempo. Me preguntaba si puedo pasar.

Al principio, Gillian no dijo nada, como si intentara encontrar la respuesta adecuada. *Déjalo entrar*, pensó Leah, *por favor*, aunque no estaba segura de por qué. Había algo en ese anciano, algo reconfortante. Y cualquier cosa sería mejor que estar a solas con su madre ahora.

—Por supuesto —dijo Gillian finalmente, mientras se hacía a un lado—. Perdóname. No sé dónde tengo... la cabeza.

El anciano posó la mano sobre su hombro.

—Gracias —dijo—. Tenemos muchas cosas sobre las que discutir, ¿no crees?

Ella asintió mirándolo directamente a los ojos, algo secreto parecía pasar entre ambos.

Luego entró en la casa y Gillian cerró la puerta con suavidad tras él, dejando fuera la noche y cualquier otra cosa que pudiera estar al acecho fuera del alcance de su vista.